

"Los duenos de El Imparcial",
Madrid, 21 mayo 1917. 5-57

Las coplas de Calainos

Resquido en "de este y de aquellos",
tomo I



Muchas veces nos hemos preguntado de dónde podrá venir el sentido de la frase: «Esas son las coplas de Calainos». Según el Diccionario de la Real Academia Española, en su décimatercia edición, decir coplas de Calainos equivale a decir «especies remotas e inoportunas», lo que se acerca mucho al valor en uso de dicha frase. Y que es muy análogo al que antaño tenía aquella otra de «hablar adeseos»—vocablo de que ha venido el actual *adesio*, muy alterado de su primitiva significación—, como en lo que dice Mata en el Coloquio IV del *Viaje de Turquía*, de Cristóbal de Villalón, y es: «Que eso es hablar adeseos, que ni se ha de hazer nada de eso ni habéis de ser oydos.» Y luego *adesio* vino a significar «despropósito, disparate, extravagancia»; después «traje, prenda de vestir o adorno ridículo y extravagante», y por último, «persona de exterior ridículo y extravagante».

Sabido es que en la misa de velación de los recién casados se lee a éstos parte del capítulo V de la Epístola del apóstol San Pablo a los efesios o efesios, y como se supone que esos consejos apenas si los oyen entonces, entrándoles por un oído y saliéndoles por el otro, de aquí que hablar *ad ephesios* o a los efesios—en ese caso recién casados—es decir cosas que ni han de ser oídas ni acaso cumplidas. Pero ¿por qué las coplas de Calainos son «especies remotas e inoportunas»?

Tan remotas parecen ser ya, que hay un eruditísimo crítico que cree que Calainos fué el autor de las coplas, cuando es sabido que es el protagonista de ellas, de un romance antiguo que figura nada menos que en el tomo II, pág. 149 de la edición de *Romances viejos castellanos*, de Wolf y Hofmann, hecha por D. Marcelino Menéndez y Pelayo; tomo que forma el IX de la *Antología de poetas líricos castellanos*. ¡Cuán verdad es que acaso se lee menos a aquellos autores de que más se habla! Don Marcelino no continuó su *Historia de las ideas estéticas en España*, según nos manifestó él mismo, porque esta obra no tenía lectores compradores—es decir, solventes, porque hay lectores insolventes, aunque muchos menos de los que se cree—que bastasen a sufragar los gastos de tirada.

Las coplas de Calainos se titulan: «Romance del moro Calainos. De cómo requería de amores a la Infanta Sebilla y ella le demandó en arras tres cabezas de los doce pares de Francia».

No vamos a contar aquí en prosa el argumento de ese bello romance, teniendo mayormente en cuenta que nuestros viejos romances castellanos, a diferencia de cierta llamada poesía posterior en nuestras letras, eran una maravilla de concentración. El ritmo verdaderamente poético por lo común adensa la expresión, y así, adensándola, la enriquece. Pues nos parece evidente que mayor riqueza de lenguaje son cuatro palabras precisas, de oro, que no cuarenta meramente sonoras o de calderilla. Y de aquí que no sean, verbigracia, los oradores de más abundoso vocabulario los que usan más palabras diferentes, los de lenguaje más rico. La riqueza no es el número precisamente.

No contaremos, pues, el argumento del romance de Calainos, puesto que, sobre todo, el argumento y el romance mismo son una sola y misma cosa. Pretender contar el argumento de una verdadera obra de arte, drama, novela, poema épico o lo que fuese, es como pretender extraer una sonata de Beethoven o un cuadro de Velázquez, y aun en éste cabe la pálida reproducción fotográfica.

Y en el mismo caso están los desdichados que quieren, en unas cuantas páginas, darnos el argumento filosófico, esto es, poético, de la *Ética*, de Spinoza; la *Lógica*, de Hegel, u otro poema por el estilo.

Dejemos las razones que pasaban entre «la grande Infanta Sebilla» y el moro Calainos, el de Arabia, señor de los Montes Claros, a quien siempre enviaba poesías el Preste Juan de las Indias, y cómo se fué a París de Francia a traer tres cabezas de tres de los doce pares, las de Oliveros, don Roldán y Reinaldos de Montalván.

Ya se parte Calainos—ya se parte, ya se va;
hace broslar sus pendones—y en todos una señal;
cubiertos de ricas lanas,—teñidos en sangre van.
En camino es Calainos—a los franceses buscar,
andando jornadas ciertas—a París llegado ha.

Y ya nos vemos haciendo lo que pretendíamos evitar, y es contar, de una manera o de otra, el argumento del romance. Mas no, no; dejémoslo, y que el lector vaya al lugar que le hemos citado—y si no tiene esa obra a mano, que la compre para otra vez—y que allí lea las coplas de Calainos. Que merecen ser leídas.

Y si merecen, como así es, ser leídas, ¿de dónde el sentido de «especies remotas e inoportunas»?



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USALES



Acaso de lo populares y famosas que se llegaron a hacerse esas coplas, de lo mucho que eran recitadas. Por aquello de que siempre gallina amarga la cocina. Y porque cuando las gentes querían especies más próximas y oportunas, de esas que se comen con pan—de donde: «¿con qué pan se come eso?»— las iban con las coplas de Calainos.

¡Y qué falta nos hacen coplas de Calainos!
Di ¿adónde vas tú, el moro?—¿Cómo en Francia
losaste entrar?

¡Grande osadía tuviste—de hasta París llegar!

Hubo su trifulca entre los pares por cuál había de ir a pelear con el moro Calainos, y al fin se fué el menor de edad, Valdovinos. Y no bien el moro la vió, le dijo:

Bien vengaís el francesco—de Francia la natural,
si queréis vivir conmigo—por paje os quiero llevar;
el evaros he a mis tierras—do placer podáis tomar.

No era muy modesto el Calainos, como se ve. Y eso que no creemos que fuese catadrático de estrategia y táctica.

El arrogante moro venció fácilmente a Valdovinos, el menor en edad de los doce pares, el más endeble; le quiso perdonar la vida y llevarle preso para que fueran a buscarle su buen pariente Oliveros y su tío don Roldán y Reinaldos de Montalván, ya que

por esos tres ha sido—mi venida a pelear

le dijo el moro. Y llegó don Roldán y exigió a Calainos que soltase a Valdovinos, y viniéronse el moro y don Roldán a las manos y cayó el moro.

Dime tú, traidor de moro,—no me lo quieras negar,
¿cómo tú fuiste osado—de toda Francia pasar,
ni al buen viejo emperador—ni a los doce desañar?
¿Cuál diablo te engañó—cerca de París llegar?

Y aquí cuenta el moro cómo la Infanta Sebillia le pidió que le llevara las tres cabezas de Oliveros, D. Roldán y Reinaldos de Montalván.

¡Mujer que tal te pedía—cierto te quería mal,
porque esas no son cabezas—que tú las puedas cortar!

Y cortó don Roldán la cabeza al moro Calainos, llevándose la a Carlomagno.

Así murió Calainos—en Francia la natural,
por manos del esforzado,—el buen paladín Roldán.

Y todo por una mujer, la Infanta Sebillia, como dicen que por una mujer, Helena, se riñó la guerra de Troya, y por una mujer, Dulcinea del Toboso, se puso en el más glorioso ridículo Nuestro Señor Don Quijote. Pero esas mujeres eran más que mujeres.

Cuando Helena subió a uno de los torreones de la muralla de Troya a presenciar el singular combate entre su anterior marido, Menelao, y su raptor París, al vería llegar los ancianos, que charlaban como cigarras que po-

sadas en un árbol lanzan su dulce chirrido, se dijeron: «No hay que indignarse de que los troyanos y los aqueos de buenas perneras sufran tanto tiempo dolores por semejante mujer; parece en su figura terriblemente a las diosas inmortales» («Iliada», III, 150-158); y luego aquel cortante sofista—¿qué falta hacen los sofistas!—, que fué Eurípides nos dijo cómo aquella Helena no fué la real, la efectiva, la de carne y hueso, sino un fantasma, una nube—*nafete*—, que en vez de ella, recogida a Egipto, puso en su lugar Hera (Juno), como puede verse en el drama euripidiano *Helena*.

Nube la Cultura o Helena, nube la Gloria o Dulcinea, nube la Infanta Sebillia, ¿qué es qué? ¡Nubes la democracia y la libertad y nubes también el imperio y la disciplina! Todo nubes. ¿Mas ha de dejarse de vivir por eso? Y vivir es luchar, aunque sea en las nubes. Y mejor en las nubes. La tierra firme, ¿no es nube también?

No sabemos qué explicación darán de Helena y de Dulcinea y de la Infanta Sebillia y hasta de otra mujer, bendita entré todas ellas, que ha inspirado tantas hazañas guerreras de héroes cristianos, esos pobres espíritus ateniados a lo que se ha llamado la concepción materialista de la historia y que no ven sino el estómago en el fondo de toda guerra o de toda revolución. Para estos tales, para los del estómago y el fenómeno económico como base de toda la historia, la «Iliada» y el «Quijote» y la «Biblia»—en que se atribuye el primer crimen humano, el asesinato de Abel por su hermano Caín, a muy otro móvil que el de la concurrencia industrial o mercantil o disputas por pan—, esos poemas no serán más que coplas de Calainos.

Coplas de Calainos creen muchos que son las esforzadas proezas del buen paladín Roldán, el de Roncesvalles. Y hasta hay quien toca el cuerno para que vayamos a guardar el paso de Roncesvalles, entre Altobiscar e Ibañeta. Y no, no es ese el paso que hay que guardar, sino otro.

El paso que hay que guardar y cerrar es aquel por donde se nos viene el terrible viento, que creo sea el ábrego, que nos deshace y disipa las nubes de romances, las nubes románticas, las coplas de Calainos. Porque hay gentes tan acongojadas con la sequedad de nuestro suelo que creen que se ha de remediar el mal resolviendo en lluvia esas nubes románticas. Dicen que tienen sed y que las coplas de Calainos no se la apagan. Pero hay quien muere de sed en medio del océano, rodeado de agua hasta los confines de la vista, y hay aquí en España quienes viven de hambre en medio de un piélagos de trigo, viendo ondular al viento los panes aun verdes y no segados hasta donde la vista alcanza. Y el remedio no está sólo ni principalmente en buscar agua, ni se saca ésta de las coplas de Calainos. De las coplas se saca otra cosa, pues no sólo de agua bebe el hombre, sino también de la palabra de belleza.

Miguel de UNAMUNO